

quilamente su frágil barquilla en el puerto, mientras mira naufragar el poderoso navío.

WALLENSTEIN.—¿Realmente te hallas ya en el puerto? Extraño ardor, que nada ha podido mitigar, me lanza violento sobre el oleaje de la vida; la esperanza es aún mi diosa, y me siento joven; cuando á ti me comparo, observo con orgullo que los años pasaron por mi cabeza sin encanecerla, y sin hacerme sentir su poder. (*Se pasea á grandes pasos, y se detiene otra vez frente á Gordon, desde el otro extremo del teatro.*) ¡Por qué tratar de engañosa á la fortuna, si para mí fué tan fiel y amorosa y me alzó por encima de la multitud, y me subió en sus ágiles y poderosos brazos por la escala de la vida? Nada vulgar en mi camino, ni en las líneas de mi mano. ¿Quién puede juzgar mi existencia según las reglas de la prudencia? Verdad que parezco actualmente hartamente abatido, pero yo me rehabilitaré, y el abundante reflujo sucederá á la baja marea.

GORDON.—Con todo, recuerdo el antiguo axioma: «No te envanezcas de tu suerte hasta que haya pasado el día.» No es ciertamente prenda de esperanza la duración de la dicha, sino todo lo contrario, que la esperanza se hizo para los desgraciados; tema el dichoso: la balanza oscila constantemente.

WALLENSTEIN (*sonriendo*).—Paréceme oír al Gordon de antaño. Harto sé que el mundo está sujeto á continua mudanza, y que los dioses del mal recaban sus derechos; ni los mismos paganos lo ignoraron cuando se imponían voluntariamente alguna desgracia y apaciguaban á sus celosas divinidades inmoldando víctimas humanas en el altar de Tifón. (*Con gravedad y más bajo.*) También yo ofrecí mi sacrificio: mi mejor amigo sucumbió, y por mi culpa. Desde ahora, ningún favor de la fortuna puede causarme tanto júbilo como pesar me causó aquella muerte, con que los celos del destino deben estar satisfechos: me arrebató una vida

á cambio de otra y el rayo que debía aniquilarme cayó sobre aquella cabeza pura y querida.

ESCENA V

Dichos.— SENI

WALLENSTEIN.—¿Es Seni el que llega?... Qué agitado va! ¿Qué te trae aquí tan tarde, Bautista?

SENI.—La inquietud que me causáis, señor.

WALLENSTEIN.—Habla ¿qué hay?

SENI.—Huid antes que amanezca; huid, no os fiéis de los suecos.

WALLENSTEIN.—¡Vaya una ocurrencia!

SENI (*alzando la voz*).—No os fiéis de los suecos...

WALLENSTEIN.—Pero ¿qué pasa, dí?

SENI.—No aguardéis su llegada. Os amenaza próxima desdicha, os cercan falsos amigos, según leo en algunos signos fatales, y os ciñen las redes de la muerte.

WALLENSTEIN.—Sueñas, Bautista; el miedo te perturba.

SENI.—¡Ah! no lo creáis... venid y leeréis vos mismo en los planetas... Os amenazan pérfidos amigos!

WALLENSTEIN.—De pérfidos amigos procede mi desgracia. Antes debieran anunciármelo las estrellas; ahora, para nada las necesito.

SENI.—Venid, y creeréis á vuestros propios ojos. En el cielo de vuestra vida apareció un signo fatal; un enemigo que se halla junto á vos, un malvado se desliza bajo los rayos de vuestra estrella. Atended mis consejos, no os entreguéis á esos paganos que hacen la guerra á nuestra santa Iglesia.

WALLENSTEIN (*sonriendo*).—¡Ah!... de aquí procede el oráculo... Ya caigo... ya caigo... A ti no te pareció

nunca bien la tal alianza... Vé á descansar, Bautista; que tus signos no me amedrentan.

GORDON (*que durante lo anterior se ha conmovido, se vuelve á Wallenstein*).—Príncipe, no sé si me atreva... A veces un hombre sin importancia ha dado un aviso útil.

W ALLENSTEIN.—Habla libremente.

GORDON.—Si cuanto dice, príncipe, no fuera vana preocupación, y la providencia se sirviera por milagro de semejante órgano para salvaros?

W ALLENSTEIN.—Uno y otro deliráis... ¿Cómo podría venirme la desgracia por los suecos, cuando fueron ellos los que buscaron mi alianza, y en ella están interesados?

GORDON.—¿Y si cabalmente su llegada fuese la causa de vuestra pérdida en el punto en que más tranquilo estáis? (*Se echa de rodillas á sus piés.*) Es tiempo todavía, príncipe.

SENI (*hincando también la rodilla*).—Atended á sus ruegos.

W ALLENSTEIN.—Tiempo... ¿de qué?... Alzad... os lo mando, alzad.

GORDON (*levantándose*).—El rhingrave tardará todavía en venir; ordenad que no le permitan la entrada á la fortaleza. Si quiere sitiarnos, que lo pruebe... os juro que él y todo su ejército sucumbirán al pié de estos muros antes que fatiguen nuestra constancia y valor. Entonces verá de qué son capaces nuestras heroicas tropas gobernadas por un héroe dispuesto á reparar una falta: esta acción conmoverá al Emperador, y os reconciliará con él, porque su corazón se inclina á la clemencia, y Friedland, arrepentido, será más ensalzado que antes de haber perdido el favor de la corte.

W ALLENSTEIN (*contemplándole con sorpresa; pausa; luego, vivamente conmovido*).—¡Hasta dónde te lleva tu

celo, Gordon!... Sólo un amigo de infancia puede permitirse semejante lenguaje... Ha corrido ya la sangre, Gordon, y el Emperador ya no puede perdonarme; es más; si él lo quisiera, no podría aceptarlo yo. De haber previsto lo que debía ocurrir, y que iba á perder á un amigo tan caro, pensando como pienso ahora, tal vez hubiera reflexionado... tal vez no. Pero ahora, ¿qué puedo hacer? Los comienzos de mi empresa son demasiado graves para no conducir á nada; siga, pues, su curso. (*Se dirige á la ventana*)... Ha cerrado ya la noche... ya no se oye el menor ruido en el castillo... Vamos, alumbrad. (*El paje, que habrá salido sin decir palabra, y ha seguido con visible interés el anterior diálogo, se adelanta vivamente conmovido, y se echa á los piés del príncipe*). ¡También tú!... ya sé por qué deseas tú que me reconcilie con el Emperador... Ese pobrecillo posee unos palmos de tierra en Carintia y teme que vayan á confiscárselos porque está á mi servicio... ¿Tan pobre estoy que no puedo indemnizar á mis criados?... Sea; yo no quiero forzar á nadie... Si crees que me abandonó la fortuna, véte á donde te plazca. Hoy me desnudarás por última vez, y luego puedes si quieres irte con el Emperador. Buenas noches, Gordon; me parece que voy á dormir largas horas, después de tan violentas agitaciones. Cuidado con despertarme muy temprano.

(*Vase. El paje le alumbrá, seguido de Seni. Gordon se queda en la sala á oscuras y no pierde de vista al duque hasta que ha pasado la puerta. Luego da muestras de su dolor con su abatimiento, y se apoya con tristeza en una columna.*)

ESCENA VI

GORDON. — BUTTLER desde el foro

BUTTLER. —Aguardad aquí hasta que os dé la señal.

GORDON. — ¡Es él!... acompañado de los asesinos.

BUTTLER. —Se han apagado las luces, y todo duerme profundamente.

GORDON. — ¿Qué hacer? ¿Intentaré salvarle? ¿Pondré en alarma la casa y la guardia?

BUTTLER (*sale*). — ¡Luz todavía en el corredor que va al cuarto del príncipe!

GORDON. —Pero con eso violaré mi juramento... ¡Y si escapa, y aumenta la fuerza del enemigo? Entonces yo respondería con la vida de las terribles consecuencias.

BUTTLER (*acercándose*). — ¡Qué silencio!... Oigamos. ¿Quién habla aquí?

GORDON. — ¡Ay de mí!... más vale fiar al cielo el desenlace... ¿Qué soy para intervenir en tan grandes sucesos? Si sucumbe, no seré yo quien le haya muerto; si se salva, la culpa será mía, y recaerán sobre mí sus consecuencias.

BUTTLER (*adelantándose*). — Yo conozco esta voz.

GORDON. — ¡Buttler!

BUTTLER. — ¡Gordon! ¿Qué buscáis aquí? ¿Tan tarde os ha despedido el duque?

GORDON. — ¡Traéis la mano vendada!

BUTTLER. — ¡Una herida! Ese illo se defendió como un desesperado, hasta que le derribamos al suelo.

GORDON. — ¿Los mataron ya?

BUTTLER. — Sí;... ¿está ya acostado?

GORDON. — ¡Ay de mí, Buttler!

BUTTLER. — Responded; ¿se acostó?... lo ocurrido no puede permanecer oculto largo tiempo.

GORDON. — ¡Ah! no le matéis, no le matéis vos; Dios no lo quiere... vedlo;... fuisteis herido en el brazo.

BUTTLER. — Mi brazo no será necesario.

GORDON. — Han muerto ya los culpables; y esto basta para satisfacer a la justicia. Termine todo con esas víctimas. (*Sale el paje, puesto un dedo en los labios imponiendo silencio*)... Duerme... ¡Oh!... no le matéis en el sagrado momento del sueño.



BUTTLER. — No; despertará para morir.

(*Hace que se va.*)

GORDON. — ¡Ah! Preocupado todavía con las cosas terrestres, no estará dispuesto a parecer delante de Dios.

BUTTLER. — Grande es su misericordia.

(*Hace que se va.*)

GORDON (*deteniéndole*). — Acordadle esta noche tan solo.

BUTTLER. — Cada instante que pasa puede hacernos traición.

GORDON. — Sólo una hora... una hora!...

BUTTLER. — Dejadme... ¡De qué le serviría tan breve plazo!

GORDON. — ¡Ah!... el tiempo es maravillosa divini-

dad. En una hora se deslizan millares de granos de arena, y pasan por la mente millares de pensamientos. En una hora, nuestro corazón, el suyo, pueden mudar, puede llegar una noticia, ocurrir bienhadados sucesos, decisivos y saludables. ¡Oh qué de cosas pueden pasar en una hora!

BUTTLER.—Con esto me estáis recordando que los minutos son preciosos. *(Da con el pié en el suelo.)*

ESCENA VII

Dichos.—MACDONALD y DEVEROUX, armados de alabardas; luégo el PAJE

GORDON *(interponiéndose entre Buttler y los hombres armados)*.—¡Bárbaro! Antes pasarás por encima de mi cadáver... No he de consentir tan horrible crimen...

BUTTLER *(rechazándole)*.—¡Viejo insensato!
(Suenan trompetas á lo lejos.)

MACDONALD Y DEVEROUX.—¡Las trompetas suecas! Ya llegan... Despachemos.

GORDON.—¡Dios mío!... ¡Dios mío!

BUTTLER.—Á vuestro puesto, comandante.
(Vase precipitadamente Gordon.)

EL PAJE *(acudiendo)*.—¡Quién se atreve á hacer ruido aquí!... ¡Silencio!... El duque duerme...

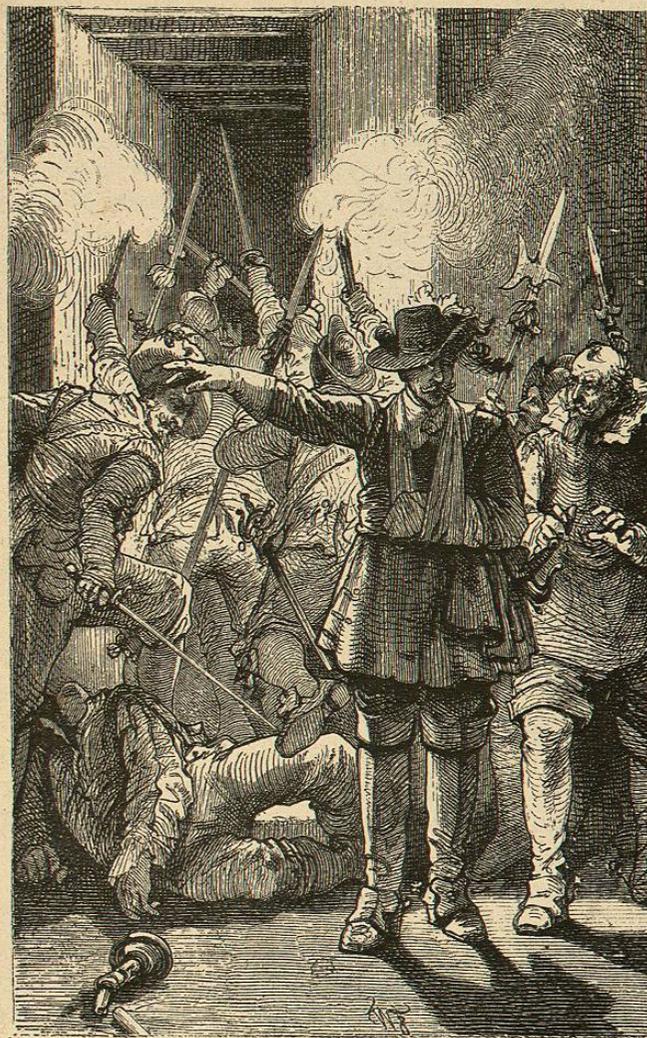
DEVEROUX *(alzando la voz; terrible)*.—Compañero, llegó la hora de meter ruido.

EL PAJE.—¡Socorro! ¡socorro!... ¡Asesinos!

BUTTLER.—Matadle.

EL PAJE *(cae junto á la puerta de la galería muerto de una puñalada por Deveroux)*.—¡Jesús María!

BUTTLER.—¡Derribad las puertas!
(Pasan por encima del cadáver... Suena á lo lejos el ruido de unas puertas derribadas... luégo, otras... Voces confusas... Ruido de armas... Luégo profundo silencio.)



BUTTLER.—¡Derribad las puertas!

ESCENA VIII

LA CONDESA TERZKY con una luz en la mano

Su cuarto está vacío... no la hallan en ninguna parte... ni á ella, ni á la Neubrunn... ¿Se habrá fugado? ¿Dónde puede haber ido?... ¡Hay que salir en su busca, y dar la voz de alarma!... ¿Cómo recibirá el duque la fatal noticia?... Si al menos hubiese vuelto mi marido del banquete... El duque está dispuesto... me parece que oí rumor de pasos y de voces... Veamos; escucharé junto á esa puerta... Nada se percibe... ¿quién llega? Suben corriendo la escalera.

ESCENA IX

LA CONDESA, GORDON; luégo BUTTLER

GORDON (*acudiendo sin aliento*).—Es un error... no eran los suecos... Deteneos, Buttler, ¿dónde está? (*Fi-
jándose en la Condesa.*) Decidme...

LA CONDESA.—¿Venís del castillo? ¿Dónde está mi esposo?

GORDON (*con espanto*).—¿Vuestro esposo?... No me lo preguntéis... Volveos á vuestras habitaciones.

(*Hace que se va.*)

LA CONDESA (*deteniéndole*).—No, sin haberme explicado antes...

GORDON (*soltándola con violencia*).—De este instante depende la suerte del mundo. Salid, por Dios... Mientras estamos hablando aquí... ¡Oh Dios mío! (*gritando*): ¡Buttler! ¡Buttler!

LA CONDESA.—Está en el castillo con Terzky.

(*Buttler sale por la galería.*)

GORDON.—Fué un error ; no son los suecos sino los imperiales que entran en la ciudad... El teniente general me anuncia que estará aquí en breve... Suspendedlo todo...

BUTTLER.—Es tarde ya.

GORDON (*apoyándose en la pared para no caerse*).—
¡Dios de misericordia!

LA CONDESA (*con gran ansiedad*).—¡Cómo, que es tarde! ¿Quién llega, decís? ¡Octavio aquí!... Traición, traición, ¿dónde está el duque?

(*Vase corriendo por la galería.*)

ESCENA X

Dichos.—SENI, EL BURGOMAESTRE, UN PAJE,
UNA CAMARERA, VARIOS CRIADOS corriendo aterrados por
la escena

SENI (*saliendo por la galería con grandes muestras de terror*).—¡Sangrienta y espantosa acción!

LA CONDESA.—¿Qué pasa, Seni?

UN PAJE (*llegando*).—¡Oh deplorable espectáculo!
(*Salen algunos criados con antorchas.*)

LA CONDESA.—Pero ¿qué hay, por Dios vivo?

SENI.—¿Y aún lo preguntáis, señora? El príncipe fué degollado, y muerto vuestro esposo en el castillo!

(*La Condesa queda anonadada.*)

LA CAMARERA (*acudiendo*).—¡Socorro!... ¡socorro!... la duquesa...

EL BURGOMAESTRE.—¿Qué significan estos gritos de dolor que turban el sueño de mi casa?

GORDON.—Vuestra casa fué maldecida para siempre. En vuestra casa yace asesinado el príncipe.

EL BURGOMAESTRE.—¡Dios nos libre de ello! (*Vase.*)

EL 1.^{er} AYUDA DE CÁMARA.—¡Huíd!... huíd... van á degollarnos á todos.

EL SEGUNDO (*trayendo consigo algunas joyas*).—¡Por aquí!... ¡por aquí!... Las otras puertas están guardadas.

VOZ DENTRO.—Paso al señor teniente general.
(*Al oír estas palabras, sale la condesa de su anonadamiento y se va corriendo.*)

VOZ DENTRO.—¡Cerrad las puertas!... Prohibid la entrada al pueblo.

ESCENA XI

Dichos, menos la Condesa.—OCTAVIO PICCOLOMINI, con su séquito; DEVEROUX y MACDONALD, con algunos alabarderos. Traen á la escena el cadáver de Wallenstein envuelto en un paño rojo.

OCTAVIO (*sale precipitadamente*).—No puede ser ; no puede ser ; Buttler, Gordon ; no puedo creerlo ; decidme que no ha sido.

(*Gordon, sin contestar, señala el cadáver del duque. Fíjase en él Octavio, y se detiene aterrorizado.*)

DEVEROUX (*á Buttler*).—Aquí está la espada y el tocón de oro del príncipe.

MACDONALD.—Supongo que ordenaréis á la Cancillería...

BUTTLER (*señalando á Octavio*).—Desde este momento el general es el único que puede dar órdenes aquí.

(*Deveroux y Macdonald se retiran respetuosamente. Vanse todos en silencio, y quedan solos Buttler, Octavio y Gordon.*)

OCTAVIO (*á Buttler*).—¿Tal era vuestro designio, Buttler, cuando nos separamos? ¡Dios de justicia! A ti alzo las manos suplicantes. Yo no soy culpable de tan monstruosa acción.